TODO ESTÁ EN NUESTRO INTERIOR

Querida hermana, la Congregación nos invita a dedicar este mes de Abril a la formación y reflexión sobre la vida fraterna. Tenemos necesidad de ello. Ofrecemos un pequeño texto tomado, en parte, del libro “Oh noche que guiaste”.

***1.- Sólo el corazón ve***

A veces pensamos que la estabilidad en las relaciones obedecen a cuestiones exteriores a nosotras mismas, sobre todo cuando se hacen trabajosas o difíciles; siempre pensamos que es más responsabilidad de los demás o fruto de circunstancias que escapan a nuestro control. Ciertamente no es mucho lo que está en nuestras manos, pues no tenemos poder para cambiar la realidad y menos aún a las personas que forman parte de ella. Pero también es cierto que en la mayoría de los casos no nos damos cuenta que es la escucha del corazón, el centro de nuestro ser, el lugar de encuentro con el otro como hermano sea quien sea. El otro se me ofrece siempre como hermano, incluso cuando ese otro tan concreto, pueda ser el compañero más insoportable para cualquier viaje. La fraternidad universal será una utopía vacía de sentido sin la voluntad de acoger a las personas concretas que se cruzan en nuestro camino cada día y acercarse a ellas, es decir, las relaciones que me ofrece la vida a diario son la oportunidad y la capacitación para ser realmente una persona abierta al reto de la fraternidad a la que Dios me llama.

Sólo el corazón puede acoger, porque solo él tiene la amplitud necesaria para poder arriesgarse a confiar más allá de toda previsibilidad. La mente separa, cataloga, juzga, está casi siempre al servicio de nuestro ego asustado, reforzando fronteras, haciendo cálculos. El corazón, aunque esté herido, siempre aguarda una luz, aguarda dentro de sí aquello que no cabe en sí mismo y que no renuncia a vivificarlo. El corazón puede necesitar mucho tiempo para aceptar al otro como hermano, pero en la escucha paciente nos percatamos de que la sabiduría que habita en él triunfará. La mirada del corazón es la única adecuada para la fraternidad, porque solo ella ve el todo. Conjuga la diversidad con la unidad y la totalidad. El corazón puede ver el corazón del otro, más allá de toda imagen y apariencia, y reconocer en él esa presencia luminosa que para los creyentes, es la gloria de Dios que habita en todo ser humano y que es la casa común donde todos nos encontramos. Es en el corazón donde menos diferencias hay entre las personas.

La fraternidad requiere, ante todo, interioridad, estar a la escucha de lo que se produce por dentro, pues sólo podemos recibir a alguien como hermana en nuestra morada interior. El primer paso de la fraternidad es el encuentro de cada una consigo misma. Cuando vivimos separadas de nosotras mismas, en realidad no podemos encontrarnos con el otro. Incluso podemos estar juntas, pero el encuentro no se produce porque el miedo que nos aleja de nosotras mismas es el mismo que se interpone en la mirada sobre la otra.

La fraternidad es fruto de un trabajo interior, sólo dentro de nosotras mismas podemos descubrir una casa amplia y abierta donde hay sitio para todos. El espacio que descubrimos dentro de nosotras mismas y la forma como lo habitamos tiene una relación directa con la forma como habitamos el mundo y cómo nos relacionamos con los demás. El tema relacional es una cuestión eminentemente espiritual, la vida en común no es posible sin profundizar en nuestra vida interior. Desde dentro todo está unido mi vida está vinculada a los demás y a la naturaleza y a Dios. Necesitamos cuidar nuestro mundo interior, crear espacios de soledad e intimidad pues pocas cosas en la vida contribuyen a crear mansedumbre, comprensión y empatía como la soledad. Los místicos y los contemplativos nos han señalado continuamente esto, diciéndonos como en la experiencia de nuestros atribulados y solitarios corazones podemos llegar a la comprensión y la empatía, porque podemos reconocer allí los hilos que pueden mantener unidas a la comunidad humana y las fuerzas que pueden dividirla. Entendiendo nuestro propio corazón con toda su complejidad y ambigüedades, aspiraciones nobles y capacidades altruistas y con toda su malicia y ambición potencial, llegamos a entendernos más plenamente y a entender mejor el mundo en que vivimos. Empatía y compresión nacen del fondo más profundo y solitario de nosotras. Entendemos a los demás cuando nos entendemos a nosotras mismas.

Los vínculos significativos entre las personas nacen siempre de una experiencia de interioridad. Habitarse a sí mismo requiere soledad y es en la soledad donde se forma el corazón fraterno porque confrontado con todas sus complejidades y ambigüedades se humaniza creciendo en empatía y en capacidad de comprender al otro. En la relación con Jesús, es en el silencio donde somos revitalizadas por la experiencia secreta del amor, que ensancha el corazón para que todos tengan cabida, un lugar de cálida hospitalidad. Es en la soledad donde aprendemos a tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús. Existe una relación entre interioridad vulnerabilidad y compasión. La compasión es el lenguaje de la fraternidad.

El movimiento de la compasión (acercamiento al otro en su dolor), es posible porque yo misma tengo alguna experiencia del mismo. Así, no me acerco desde arriba, sino desde el mismo nivel, como quien comparte efectivamente la misma condición. Se trata de un movimiento genuinamente crístico, ya que Jesús pasó por la prueba del dolor. La compasión se traduce en una presencia consoladora y constructiva, y renueva el sentido de pertenencia: estoy indeleblemente unido al otro sea quien sea y al cosmos. La compasión me encamina progresivamente hacia los márgenes, a lo que habitualmente no se ve ni cuenta, con el deseo de transformar lugares de inhospitalidad en espacios de encuentro.

Por tanto, la invitación que en este mes de abril te viene es a entrar dentro, a hacer ese camino inacabable hacia el fondo de ti misma, en silencio, en humildad que es esa verdad que nos hermana, pues todas somos iguales ante el Dios que nos mira como a hijas. Entrar dentro de ti que es donde está la tarea de mejorar la vida común. Con frecuencia pensamos que esto depende más de las otras y de sus responsabilidades incumplidas, pero no, solo en nuestro propio corazón puede darse la acogida incondicional, la compasión y la hospitalidad.

PARA LA REFLEXIÓN

1.- Lee con atención este apartado, subraya en él una o dos frases que te signifiquen de manera especial

2.- ¿Estás de acuerdo con la afirmación de que la fraternidad es el fruto de un trabajo interior? ¿Por qué?

3.- ¿Cómo concretarías en tu vida en este momento ese trabajo interior que nos ayude a ser mujeres más fraternas?

***2.- La confianza, un regalo que ofrecer***

En este año dedicado a la confianza conviene que dediquemos también un tiempo a tomar conciencia de las implicaciones que ésta tiene en nuestras relaciones fraternas.

Podemos decir que confiar es tener fe en algo o en alguien, es decir, implica correr el riesgo de creer, de fiarse.

La confianza es un componente indispensable en nuestras relaciones, pero a la vez es frágil, pues es algo que con frecuencia se deteriora con la misma convivencia y cuando la confianza se erosiona toda la relación se afecta, la convivencia se traba y vivimos en la tensión de la sospecha.

Esto cabe decirlo para cualquier grupo humano, en nuestro caso que somos un grupo de fe, podemos decir que la confianza tiene que tener un plus, algo que nos diferencia en nuestras relaciones de un grupo familiar, un grupo de amigos o de trabajo. Y esta diferencia nos tiene que venir dada por Jesús que es el Corazón de nuestra comunidad, la razón de ser de nuestro estar juntas.

Nuevamente hemos de remitirnos a nuestra experiencia interior para poder encontrar las claves de nuestra confianza, pues incluso en el caso de que nuestra vida, desde sus inicios, haya estado marcada por experiencias de desconfianza, nuestra historia no tiene la última palabra, Dios confía a diario en nosotras y eso es lo que tiene que tener más peso y poder en nuestras actitudes de vida. Dios cree en mí, Dios se fía y confía y concreta su confianza en los dones que me da. Tanto confía que se me da Él mismo… Me hace entrega de lo que Él es, para que también yo sea. Cuando esto se convierte en una experiencia vital, en una convicción profunda la confianza se fortalece, ya que una se da cuenta que de la recibe de Dios de forma gratuita, no por méritos propios y de igual manera ha de ofrecerla. Pensamos con frecuencia que la confianza es algo que se tiene que merecer, que la persona ha de ganársela para ser digna de ella. Pero realmente ¿Dios funciona así? ¿sólo confía en quien no le defrauda?

¿Por qué nuestra confianza es tan frágil, porqué se deteriora con tanta facilidad y luego pareciera que ya no se puede recomponer más? ¿No será que la exponemos en exceso a los envistes de nuestro ego? ¿No será que quien realmente atenta contra nuestra confianza es sobre todo nuestro orgullo herido por unas expectativas incumplidas? Cuando las personas no cuadran con lo que consideramos que debe ser, cuando descubrimos doblez o engaño, cuando sencillamente no sentimos empatía hacia ellas, les negamos nuestra confianza y con ella la posibilidad de tejer relaciones de fraternidad.

Dios, al confiar en nosotras nos está diciendo: puedo amarte como eres. Al regalarnos su amor, al regalarse Él mismo nos hace sentir que valemos para Él a pesar de nuestros errores. Esa misma experiencia es la que estamos llamadas a reproducir en nuestra vida cotidiana con las personas con las que nos toca convivir. Ofrecer confianza es decir a los demás: no es necesario que estés a merced de mis expectativas, puedes ser quien eres y así mismo eres valiosa para mí. No podemos poner en primer lugar a nuestras expectativas, estamos llamadas a amar a las personas, sencillamente como son. Muchos de nuestros roces y conflictos cotidianos residen justamente ahí: amamos más a nuestras ideas, necesidades, deseos y creencias que a las personas concretas. Donde el amor es verdadero la confianza brota sola.

Nuestros miedos cotidianos nos hablan de nuestra incapacidad de confiar. Allí donde el nos habla el miedo se encuentra nuestra debilidad mayor, nuestra herida, la parte que inconscientemente protegemos y que es justamente la que nos hace ser preferidas de Dios. Todas tenemos una parte enferma que provoca el advenimiento del Señor a nuestra vida, que nos hace necesitadas de Él. Podemos escuchar su susurro, sus palabras mansas en nuestro corazón:

*“Mi gracia te basta, pues mi fuerza se realiza justamente en tu debilidad. Tu debilidad es mi lugar en ti, en la brecha abierta por el aguijón te visitaré con mi gracia. No entro en tu vida como un mérito de tu impecabilidad, no soy la coronación de tu perfección autosuficiente, como un pequeño añadido casi prescindible. Al contrario: habito en la raíz de tu impotencia, entro en tu vida por la puerta de tu ausencia, de lo que te falta, soy la posibilidad de que tu puedas ser quien eres, pues a través de tu aguijón es como encontrarás tu verdadero rostro, libre de toda máscara protectora. Yo estaré contigo en este viaje. Yo soy en viaje. Te aguardo con confianza todos los días dentro de ti para que descanses, para sanar tus heridas, para poner luz a tu oscuridad, para llevarte de la mano a donde no quieres ir, para darte lo que soy y así sepas quién eres. Estoy en ti aguardando.”*

PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL

1.- ¿Sientes que Dios confía en ti? ¿Qué produce en ti ese sentimiento?

2.- ¿Qué bloquea tu confianza?

3.- ¿Qué te dice eso de ti misma?

PARA TRABAJAR A NIVEL DE COMUNIDAD

Después de la reflexión personal se sugiere la posibilidad de tener una reunión comunitaria para compartir. Se puede iniciar con un espacio de oración común.

1.- ¿Qué quisieras expresar a tus hermanas de la reflexión anterior?

2.- ¿Qué motivos te brinda la comunidad y cada persona en concreto para seguir confiando o recuperar la confianza?

3.- Si Dios está presente de manera especial en nuestras debilidades, allí donde somos más vulnerables o estamos heridas, ¿Cuál es la mayor debilidad o necesidad de nuestra comunidad?

4.- ¿Sentimos que hay alguna ayuda que de fuera o de adentro pueda hacernos personas más fraternas?